#1 *Serie de la Nueva Evangelización*

¿Qué es la Nueva Evangelización?

Michelle K. Borras

SERVICIO DE INFORMACIÓN CATÓLICA

DIRECTORA GENERAL
Michelle K. Borras, Ph.D.
Directora del Servicio de Información Católica

EDITORES DEL MANUSCRITO
Alton Pelowski y
Patrick Scalisi

FOTOGRAFÍA
Thomas Serafin

DISEÑO
Adam Solove

Derechos de Autor © 2012 del Consejo Supremo de Caballeros Colón.
Todos los derechos reservados.

Las obras citadas son propiedad de sus respectivos autores.

Las citas de las Escrituras están adaptadas de la versión en inglés Revised Standard Version, Catholic Edition (San Francisco: Ignatius, 1994).

NIHIL OBSTAT
Susan M. Timoney, S.T.D.
Censor Deputatus

IMPRIMATUR
Donald Cardinal Wuerl
Arzobispo de Washington

Arquidiócesis
de Washington

3 de julio de 2012

El *Nihil Obstat* y el Imprimatur son declaraciones oficiales de que un libro o folleto están exentos de errores doctrinales o morales. No implica que quienes han otorgado el *Nihil Obstat y el Imprimatur* estén de acuerdo con el contenido, las opiniones o las declaraciones que aquí se expresan..

IMAGEN DE LA PORTADA *El Arcángel Gabriel*

El Arcángel Gabriel sostiene un pergamino que representa la primera proclamación del Evangelio, la Anunciación de María. De la capilla de la Sagrada Familia, Consejo Supremo de Caballeros de Colón, New Haven, Connecticut. El mosaico fue realizado por el Padre Marko Ivan Rupnik, Compañía de Jesús, y los artistas del Centro Aletti en 2005.

¿Qué es la Nueva Evangelización?

Michelle K. Borras

Contenido

"Hemos conocido el amor que Dios nos tiene…".
1 Un mundo ansioso de amor y alegría
3 Descubrir el amor de Dios entre el sufrimiento
5 Un mensaje de esperanza para el mundo moderno
7 Compartir la alegría del Evangelio

"Vayan por todo el mundo, anuncien el Evangelio a toda la creación"
11 ¿Por qué necesitamos una Nueva Evangelización?
13 ¿Por qué "Nueva?"
17 La fuente de la Evangelización

"… les aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere…"
23 ¿Quién evangeliza?
26 El contenido de la Nueva Evangelización
30 El método de la evangelización
33 Conclusión: El grano de trigo

36 Fuentes
40 Acerca de la autora
40 Acerca del Servicio de Información Católica

Detalle de la mano de Cristo que alcanza a Adán durante el descenso al infierno.

Pared de *La Encarnación del Verbo,*
Capilla Redemptoris Mater, Ciudad del Vaticano.
Imagen cortesía de Centro Aletti.

“Hemos conocido el amor que Dios nos tiene...” *(1 Juan 4,16)*

Un mundo ansioso de amor y alegría

En el mundo de hoy es raro ver destellos de la verdadera esperanza que transforma la vida. La alegría es aún más difícil de encontrar. Por lo general, las personas se las arreglan día a día con algún momento fugaz de felicidad, pero la mayoría despiertan y van a la cama con la misma existencia sin alegría. En Europa Occidental y en Norteamérica, donde se enorgullecen de su prosperidad y de sus tradiciones jurídicas que salvaguardan sus derechos humanos, normalmente la gente tiene suficientes alimentos. Pero el alimento, la ropa, el techo y el respeto por los derechos básicos no son todo lo que los seres humanos necesitan para sobrevivir. ¿Cuántas personas no confesarían, si estuvieran solas en un lugar en el que no tuvieran que mostrar su optimista “perfil público”, lo difícil que es vivir?

Para los jóvenes es difícil volver diariamente de la escuela a un hogar que les recuerda que sus padres, a los que aman, ya no se aman mutuamente lo suficiente para vivir juntos; como empleado, volver diariamente a un lugar de trabajo en el que los seres humanos se consideran simplemente en términos de su productividad o su ambición; como personas de

mediana edad, descubrir que sus relaciones se han fracturado, por lo que pasarán el resto de sus días comiendo "solos, o con el gato";[1] o como ancianos, sentir que ya no pueden contribuir con nada en la sociedad y que los familiares los tienen medio olvidados. Es difícil no ser amado, o tanto como quisiéramos que nos amaran. E incluso si estamos tan acostumbrados a esta situación que ya no nos damos cuenta, es difícil no amar.

Vivir en un mundo que a menudo parece no tener ninguna belleza real, duradera – una belleza que no sea una ilusión, que pueda transfigurarnos y sacarnos de nuestra monótona existencia y de nosotros mismos – no es fácil. Y cuando nos enfrentamos con un sombrío e innegable rechazo de la belleza, de la humanidad, del amor, es casi insoportable. Algo similar sucedió durante los ataques terroristas contra Estados Unidos el 11 de septiembre del 2001. En esa época, el *New York Times* describió "horas de pánico" durante las que los estadounidenses fueron "testigos de lo inexpresable, lo incomprensible, lo inimaginable".[2] Pero otros momentos de horror siguen ocurriendo a nivel más reducido, personal -- e incluso a veces a nivel general – todo el tiempo. Por otro lado, la época en que vivimos parece llena de promesas. Pero a menudo estas promesas amenazan con hacer implosión, ya sea porque nuestra vida es deprimente e infeliz, o porque repentinamente nos enfrentamos con el mal, ya sea de una manera patente o más insidiosa, que puede desatarse en el mundo a través del corazón humano.

Descubrir el amor de Dios entre el sufrimiento

Tanto Karol Wojtyla, quien se convirtió en el Papa Juan Pablo II, como Joseph Ratzinger, quien se convirtió en el Papa Benedicto XVI, crecieron en un siglo y en un mundo que parecía no solo terriblemente conflictivo, sino también en el cual la "erupción del mal"[3] parecía ahogar toda posibilidad de esperanza y alegría. Wojtyla, quien nació en 1920, era unos años mayor. Alcanzó la mayoría de edad en una Polonia que sería invadida por los nazis alemanes durante la Segunda Guerra Mundial y posteriormente por los comunistas soviéticos. Más tarde diría, "viví experiencias personales con las ideologías del mal. Esto se fijó en mi memoria de manera indeleble".[4]

Después de que el ejército de Adolfo Hitler invadiera su país en 1939, el joven Karol, quien era estudiante universitario cuando estalló la guerra, se convirtió en obrero de una cantera. Uno de sus compatriotas describió esos años de guerra y ocupación: "Redadas de la policía, deportación a los campos y trabajo forzado...disparos en la calle – todo esto formaba parte de la vida cotidiana...Durante cinco años pasamos hambre constantemente y cada invierno pasábamos un frío desesperante".[5] Cuando decidió estudiar para el sacerdocio católico, Karol recibió su educación en secreto, en un seminario clandestino. Cuando se hizo sacerdote y posteriormente obispo, fue testigo de cómo su país emergió de los horrores de la Segunda Guerra Mundial solo para ingresar a los largos años de represión de la Unión Soviética, que estableció gobiernos comunistas títeres en toda Europa Oriental.

Karol, el hombre joven, el sacerdote y el obispo, vio la dignidad de la persona gravemente amenazada de manera continua, cuando sus compatriotas eran oprimidos, asesinados,

injustamente encarcelados y les decían que no necesitaban su cultura ni a Dios. Sin embargo, él sabía que debía vivir una vida digna de un ser humano. Ante todo eso que denigraba la necesidad básica del ser humano de amar y ser amado, él tenía que amar.

El segundo de estos jóvenes, Joseph Ratzinger, nació en 1927 y creció en Alemania cuando el partido nazi de Hitler llegaba al poder. Su padre, quien se pronunció enérgicamente contra el régimen nazi, tuvo que mudarse con su familia para garantizar su seguridad. Como adolescente durante la Segunda Guerra Mundial, al igual que todos los jóvenes aptos físicamente, fue reclutado para realizar diversos servicios de apoyo para los militares alemanes. Cavó trincheras en un campo de trabajo, vigilado, como recuerda, por "ideólogos fanáticos que nos tiranizaban sin descanso".[6]

Reclutado en la infantería alemana al final de la guerra, Joseph desertó – un acto penado con la ejecución inmediata – y volvió a casa. Cuando llegó, descubrió que soldados estadounidenses ocupaban su casa. Se convirtió en prisionero de guerra durante dos meses durmiendo con miles de prisioneros más en un campo abierto y subsistiendo con "un cucharón de sopa y un pequeño pedazo de pan al día".[7] Cuando fue liberado, reingresó al seminario motivado por "un gran sentido de gratitud por habérsele permitido volver…del abismo de esos años difíciles".[8] A pesar de las ideologías que decían al pueblo alemán que lo que su país necesitaba era poder y orgullo nacional – no a Dios – y a pesar de todos los otros que perdieron la esperanza, Joseph sabía que debía vivir de manera diferente. Debía vivir de manera humana para dar gracias y tener esperanza. Al igual que Karol, necesitaba amar.

Ambos jóvenes, que se convertirían en futuros Papas, vivieron circunstancias muy difíciles. Pero durante esos años también fueron motivados por algo que más tarde podrían ofrecer a todos los que deseaban belleza y amor duraderos: el descubrimiento de que la esperanza es posible, que las aspiraciones más profundas de la persona humana tienen un objetivo real, que la belleza existe y que incluso ingresa en los abismos del sufrimiento humano para transformarlos, y que nosotros estamos hechos para amar y ser amados con un amor fiel, íntegro y bello, y que podemos recibir ayuda para lograrlo.

Un mensaje de esperanza para el mundo moderno

Como escribió Juan Pablo II al final de su vida, todas las terribles experiencias de su juventud le enseñaron que existía un "límite impuesto al mal en...la historia", y este límite tenía que ver con la misericordia de Dios".[9] A pesar de todos los temores que podamos tener sobre la capacidad de la persona humana para hacer el mal o sobre la debilidad y confusión de nuestro propio corazón, no debemos tener miedo, porque Dios nos ama. Ciertamente, Dios es amor: es un padre que envió a su único Hijo a morir y conquistar la muerte por nosotros, para que pudiéramos participar de "la gloriosa libertad de los hijos de Dios" (Romanos 8, 21). Para el joven Karol Wojtyla y para el hombre en que se convertiría más tarde, el Cristianismo, la revelación de un Dios que amó a la humanidad a este punto, era realmente el *Evangelio* (*evangelion*, del griego "buena nueva"). En un mundo casi sin alegría, lleno de sufrimiento, de opresión y muerte, había encontrado la

alegría. Esta alegría era tan grande que se sintió obligado a ofrecerla cada día de su vida a la gente que de diferentes formas estaba oprimida por la falta de alegría y esperanza.

En los modernos y prósperos países de Occidente, las amenazas a la felicidad humana pueden adquirir formas más sutiles que el sufrimiento que vivió el joven Karol. Pero incluso como Papa, Juan Pablo II sabía que aún así estos sutiles peligros están presentes y amenazan a los seres humanos de la misma forma que la "erupción del mal"[10] de la que fue testigo de joven.

Al igual que Karol Wojtyla, el joven Joseph Ratzinger podría haber perdido la esperanza. Su país había sido destrozado moral y físicamente, y creciendo en este contexto habría tenido todas las razones de temer a lo que hay en el corazón humano. Y sin embargo, al igual que Juan Pablo II, Ratzinger podría decir como Papa Benedicto XVI, "¡No tengáis miedo!". Hay alguien que conoce el corazón de los seres humanos, alguien que nos quita el miedo, alguien que nos ama y nos permite amar y así nos permite tener esperanza. Esta persona es Jesucristo.

No es casualidad que una de las primeras cartas encíclicas de Benedicto XVI a la Iglesia y al mundo fuera acerca de la esperanza, la grandiosa y definitiva *esperanza* en Dios que da significado a toda la vida humana.[11] Por su experiencia con la tiranía nazi sabía lo que sucede – no solo a nivel de los acontecimientos mundiales o de la guerra, sino en el interior del corazón humano – cuando los seres humanos intentan vivir sin Dios. Durante un momento, todo parece ir bien, hasta que repentinamente la gente se da cuenta de que no puede detener las amenazas y la violencia que ella misma liberó en el mundo. Pierde la esperanza y anhela algo que no se puede dar por sí misma. Por esta razón, mucho después,

el Papa Benedicto XVI insistió en visitar una ciudad de lo que fue la Alemania del este comunista en la que la mayoría de la gente ya no creía en Dios, para darles la "Buena Nueva". Hay alguien que satisface la sed abismal que surge en el corazón humano cuando la gente intenta vivir sin lo único que puede darle alegría permanente.

Durante su visita a Erfurt, Alemania, en 2011, el Papa preguntó, "¿El hombre necesita a Dios o puede vivir bastante bien sin Él?". Después dijo, "Pero cuanto más se aleja el mundo de Dios, tanto más resulta claro que el hombre, en el hybris del poder, en el vacío del corazón y en el ansia de satisfacción y de felicidad, "pierde" cada vez más la vida. La sed de infinito está presente en el hombre de tal manera que no se puede extirpar. El hombre ha sido creado para relacionarse con Dios y tiene necesidad de Él".[12] "No podemos dejar de estar sedientos por lo que nos sobrepasa, por el infinito, y este infinito es una Persona que se entrega a nosotros. Nos ama y desea nuestro amor con tanta intensidad que se podría decir que Él también está sediento de nuestro amor".[13]

Compartir la alegría del Evangelio

Para Ratzinger, así como para Wojtyla, el Cristianismo no era solo una "buena noticia", sino la Buena Nueva, la única respuesta completa, permanente y superabundante al insaciable anhelo del corazón humano.

Para ambos, el mensaje del Evangelio en realidad es una noticia tan necesaria para la persona humana que no se puede conservar para sí. Es un mensaje de profunda y radiante *alegría* tan poderoso que puede transformar el abismo del sufrimiento humano en algo no solo tolerable, sino tam-

bién hermoso. Puede transformar la falta de amor en amor, o una vida tediosa y difícil en una vida que sea definitivamente digna de vivirse. Es también, como vemos en los primeros cristianos e incluso en nuestra propia época, una alegría tan grande que los creyentes encuentran eminentemente digno morir por ella.

La alegría que vivieron Wojtyla y Ratzinger a lo largo de tan difíciles situaciones y que inspiró el resto de su vida es la misma alegría de la que San Juan, el apóstol y discípulo de Jesús, escribió en la Biblia.

Considerado tradicionalmente como el más joven de los Doce Apóstoles, Juan no podía escribir acerca de esta "nueva" sin expresar una maravillosa alegría de lo que tuvo el privilegio de escuchar, ver y tocar en Jesucristo, el Hijo de Dios – Dios mismo – hecho hombre. Al principio de su primera carta, Juan sencillamente describe su inaudita experiencia de la invisible belleza de Dios hecha visible. Mediante la Encarnación, Dios se aproximó tanto a los seres humanos que podemos percibir este amor con todos nuestros sentidos: "Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que hemos tocado con nuestras manos acerca de la Palabra de Vida..." (1 Juan 1, 1).

En el Hijo de Dios que se hizo hombre, murió y resucitó de entre los muertos, Juan quedó impresionado por algo absolutamente inesperado. Encontró una belleza de tal magnitud que lo sacó de sí mismo, como si se hubiese quedado embelesado y se hubiera transformado cada aspecto de su existencia. Tuvo el "encuentro" que el Papa Benedicto XVI, comentando el mismo libro de la Biblia, dice que está en el corazón del Cristianismo: *"Hemos conocido el amor que Dios nos*

tiene...Ser cristiano es...el encuentro con un acontecimiento, una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y con ello una dirección decisiva".[14]

Porque Juan reconoció que lo que lo llevó fuera de sí mismo a una nueva existencia en el amor era el Amor mismo, supo que ese encuentro era un don que debía compartir. Si Dios nos abre su vida, es para llevarnos a la comunión, o a una vida compartida con Él y con los demás. De este modo, Juan continúa en su carta, "Lo que hemos visto y oído, se lo anunciamos también a ustedes, para que vivan en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Les escribimos esto para que nuestra alegría sea completa" (1 Juan 1, 3-4).

La comunión que Dios nos ofrece en Cristo es "alegría completa",[15] una alegría más grande e intensa de lo que cualquier ser humano podría nunca desear o imaginar. Juan sabe que esta alegría es para todos y que debe anunciarla. Para usar el término que los autores del Nuevo Testamento y la Iglesia Primitiva acuñaron para este anuncio, Juan, al igual que todos los discípulos después de él, deben *evangelizar*, no solo o ni siquiera primordialmente con palabras, sino con su vida entera.

Juan sabe que debe comunicar el Amor en el que ha llegado a creer, no porque piense que él es mejor que otros que aún no lo han encontrado – sabe que no lo es – y sin duda no porque desee forzar a nadie a creer. Por el contrario, ora, escribe, predica y sufre porque "Dios amó tanto al mundo" (Juan 3, 16), y Juan, quien ama a Dios, debe amarlo también. El amor, al igual que la alegría, naturalmente abunda, especialmente este amor que es la afirmación definitiva de la bondad del mundo y de toda vida humana.

Detalle de María y Cristo con
sus heridas, de las *Bodas de Caná.*

Capilla de la Sagrada Familia, Consejo Supremo
de Caballeros de Colón, New Haven, Connecticut.

"Vayan por todo el mundo, anuncien el Evangelio a toda la creación" *(Marcos 16, 15)*

¿Por qué necesitamos una Nueva Evangelización?

Tanto Karol Wojtyla como Joseph Ratzinger lo sabían bien, la humanidad necesita desesperadamente una afirmación definitiva de que es *bueno* que la persona humana – y el mundo como un todo – exista. Necesitamos saber que la dignidad humana está arraigada en algo imperturbable, que todo y cada uno de los seres humanos es amado eternamente y está llamado a amar. Ambos hombres experimentaron en su propia vida lo que le sucede a la persona humana cuando se oculta el sentido de Dios. Por esta razón, cuando Ratzinger se convirtió en el Papa Benedicto XVI, diría: "Allí donde falta la percepción del hombre de ser acogido por parte de Dios, de ser amado por él, la pregunta sobre si es verdaderamente bueno existir como persona humana, ya no encuentra respuesta alguna. La duda acerca de la existencia humana se hace cada vez más insuperable".[16]

¿Cuáles son los efectos de esta duda? Pueden ser horrorosos, como la "erupción del mal" del genocidio que tanto

Wojtyla como Ratzinger vivieron en su juventud. Pero, por lo general, los efectos están más ocultos, instalándose en nuestras cómodas vidas como una especie de aburrimiento, de polvo venenoso: "Lo vemos en la falta de alegría, en la tristeza interior que se puede leer en tantos rostros humanos".[17]

Al hablar a los catequistas en el año 2000, el Cardenal Ratzinger recordó que Jesús vino "a traer la Buena Nueva a los pobres" (Lucas 4, 18). Y después dice algo que no esperábamos: *Nosotros somos los pobres*. Aunque los países de Europa oriental y de Norteamérica son ricos materialmente, sus habitantes son de otra forma inefablemente pobres, porque a menudo les falta lo único que hace bella la vida. La pobreza más profunda no es la falta de alimento, techo o ropa, sino que "La pobreza más profunda es la incapacidad de alegría, el tedio de la vida considerada absurda y contradictoria. Esta pobreza se halla hoy muy extendida, con formas muy diversas, tanto en las sociedades materialmente ricas como en los países pobres. La incapacidad de alegría supone y produce la incapacidad de amar, produce la envidia, la avaricia.... todos los vicios que arruinan la vida de las personas y el mundo. Por eso, hace falta una nueva evangelización".[18]

Necesitamos una "nueva evangelización", una proclamación renovada de la Buena Nueva que San Juan, al igual que Wojtyla y Ratzinger después de él, sabían que no podían guardarse para ellos. Al llamar a esta proclamación renovada, Ratzinger cita una serie de declaraciones del Papa Juan Pablo II, quien vio la necesidad de una evangelización "Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión",[19] capaz de llevar a los hombres y a las mujeres del mundo de hoy la Buena Nueva de Jesucristo.

Vivimos en un mundo lleno de la "tristeza interna" describe el Papa Benedicto XVI, en el que el hombre parece estar cada vez más atormentado "en el hybris del poder, en el vacío del corazón y en el ansia de satisfacción y de felicidad". Vivimos sobre todo, en un mundo que parece haber olvidado que más allá de los momentos efímeros de felicidad que a veces le llegan al afortunado, hay algo que falta, la felicidad imperturbable. En un mundo como este, lo que necesitamos más que nada es vivir la alegría de ser amados y amar definitivamente. Aquellos que han encontrado dicho amor deben comunicarlo. Esto es la evangelización: comunicar en palabras y en vida, en oración y en silencio, en actos y en sufrimiento, un amor que abarca al hombre y lo rebasa infinitamente, que por lo tanto es de *alegría*. A veces esta alegría puede ser demandante y difícil. Después de todo, es una alegría "más grande" que el hombre porque proviene de Dios. Pero precisamente por esta razón es la única alegría que puede satisfacer la insaciable hambre del corazón humano.

¿Por qué "Nueva"?

La comunicación de esta alegría, o la Buena Nueva del amor definitivo de Dios por el hombre que se hicieron visibles en Jesucristo ha sido desde el principio la tarea de la Iglesia. Después de la crucifixión y muerte de Jesús en el abandono, los Apóstoles se encerraron detrás de puertas con cerrojos. Pero en medio de su asfixiante temor, repentinamente encontraron alegría: "Jesús se apareció en medio de ellos y les dijo: 'La paz esté con ustedes'" (Lucas 24, 36). Se enfrentaron a una

realidad que rebasa todo límite, tan definitiva que es el fundamento de toda la historia, "de la cual es el sentido y la meta última".[20] Su Señor, que había muerto, se apareció en vida frente a ellos invitándolos, "Tóquenme y vean..."; y "era tal la alegría y la admiración de los discípulos" (Lucas 24, 36-41). Lo tocaron y lo vieron y supieron que no debían guardar esa alegría para ellos mismos.

En caso de que los Apóstoles tuvieran cualquier duda de lo que debían hacer ante este acto claro, objetivo y alegre de Dios por el bien del hombre, Jesús les dijo, "Vayan por todo el mundo, anuncien la Buena Nueva a toda la creación" (Marcos 16, 15). Este "encargo" o misión da forma a la comunidad de discípulos que reunió Jesús. De hecho, esta misión da forma a la Iglesia de manera tan completa que casi dos mil años después, un apóstol de la vida moderna, el Papa Pablo VI escribió: "Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar..."[21] Desde el principio del Cristianismo y para todos los tiempos, la Iglesia existe para proclamar con sus palabras y sus actos – y sobre todo con la vida y muerte de todos los que pertenecen a ella – la vida, muerte y resurrección de Jesucristo como el acto supremo del amor de Dios. La canta en la liturgia Pascual de la alegría que nos dio en Él:

La piedra que desecharon los constructores
es ahora la piedra angular.
Esto ha sido hecho por el Señor
y es admirable a nuestros ojos.
Este es el día que hizo el Señor:
alegrémonos y regocijémonos en él. (Salmo 118, 22-24).[22]

Por un lado, esta Buena Nueva y la misión de proclamarla nunca cambian; siempre y en todos lados hasta el final de los tiempos, los cristianos proclaman el Evangelio perene. En la liturgia y los sacramentos de la Iglesia, en el discurso y sacramento de sus miembros, en su oración silenciosa y oculta y quizás sobre todo en el más alto testimonio, el martirio, los que aman a "Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo" (Efesios 1, 3) comunican el Amor y la Vida que les dio. A pesar de su debilidad, o a menudo precisamente mediante ella, los cristianos comunican la Palabra de Dios y al hacerlo ayudan a dar vida a sus hermanos y hermanas. Al igual que sus hermanos, saben lo que es tener un corazón que no está satisfecho en ningún otro lugar, debido a su incesante sed – a veces insoportable – de Dios.

Entonces, si esta proclamación nunca cambia, ¿por qué el Papa Benedicto XVI y sus predecesores llamaron con mayor urgencia que nunca a una "nueva evangelización"? ¿Qué puede ser "nuevo" en un mensaje que tiene dos mil años de existencia? ¿Y puede el Evangelio hacerse viejo? Comenzamos a comprender algo de lo que estos apóstoles de los siglos XX y XXI quieren decir cuando escuchamos hablar a Juan Pablo II acerca de la "pasión" que debe despertar nuevamente en el corazón de los cristianos y de las sociedades que fueron cristianas y han olvidado la alegría que se les confió.[23] El creyente que no ha prestado suficiente atención a la sed de su corazón y que deja de querer ver, escuchar y tocar al Señor resucitado permite que la Palabra de Vida muera en él. Su corazón se vuelve desapasionado, triste y viejo. El pueblo o la sociedad cristiana que deja de querer ver, escuchar y tocar busca lo infinito en formas cada

vez más contradictorias, enfrentándose posiblemente a la terrible perspectiva de la persona humana sin la protección de una afirmación final de su dignidad o valor.

Tanto el creyente como la sociedad cuya fe se ha hecho vieja y rancia necesitan *pasión*, entendiéndose por ello mucho más que una emoción o un momento pasajero de entusiasmo. En palabras de Juan Pablo II, necesitan el "ardor" o la "convicción ardiente" de la gente que ha quedado extasiada por una belleza insuperable, que ha sido amada más allá de su imaginación y esperanzas, y que por lo tanto es gente que *ama*.[24] El llamado a una nueva evangelización es el llamado a darse cuenta ahora, en nuestra época y con nuestra vida, de que el Cristianismo no es solo una información o un hecho histórico. Es una Palabra dirigida personalmente a nosotros, y esta Palabra es Vida, es un Amor que permanece. Es una noticia tan buena y tan necesaria que ningún ser humano que la haya encontrado puede guardarla para sí mismo.

Al final de la grandiosa celebración del Jubileo del nacimiento de Jesucristo en el año 2000, Juan Pablo II escribió, "¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!" (1 Corintios 9, 16).[25] Al igual que el gran apóstol, cuyo repentino encuentro con Jesús resucitado cambió su vida entera (cf. Hechos 9, 1-19), debemos encontrar esta Palabra hecha carne y dejarla "arder" en nosotros, es decir, transformarnos totalmente. Solo entonces su belleza podrá irradiar a través de todo lo que digamos, de nuestro silencio y sufrimiento, y de nuestra alegría, la misma alegría sobre la que escribe San Juan en su carta y que permitió a Karol Wojtyla y Joseph Ratzinger vivir los difíciles años de su juventud. Como dice el Papa Benedicto

XVI, es la única forma de reintroducir la alegría en nuestros aburridos corazones, o la belleza en nuestro mundo a menudo sin belleza y desesperado. El Evangelio, que nunca envejece, es el camino hacia el único humanismo que realmente es digno del hombre:

> Los discípulos de Cristo están llamados a reavivar en sí mismos y en los demás la nostalgia de Dios y la alegría de vivirlo y testimoniarlo, partiendo de la pregunta siempre tan personal: ¿Por qué creo? Hay que...hacer descubrir de nuevo la belleza y actualidad de la fe, no como acto en sí, aislado, que atañe a algún momento de la vida, sino como orientación constante, también de las opciones más simples, que lleva a la unidad profunda de la persona...Se trata de reavivar una fe que instaure un nuevo humanismo capaz de generar cultura y compromiso social.[26]

La fuente de la Evangelización

En una serie de homilías de Adviento en 2011, el Padre Raniero Cantalamessa, el predicador de la Casa Pontificia, nos advierte sobre dos peligros básicos que amenazan a los cristianos respecto a la nueva evangelización. El primero es la desidia, que es dejar la tarea a otros. Nos decimos a nosotros mismos, "Creo que la nueva evangelización, o la proclamación del Evangelio en nuestra vida y en nuestra época es una buena idea, pero no es un llamado que me preocupe de manera personal". El segundo, un peligro más sutil, es "un activismo humano frenético y vacío", que provoca que los cristianos pierdan poco a poco el "contacto con la fuente", que es la Palabra de Dios.[27]

Con esta doble advertencia, el Padre Cantalamessa plantea la cuestión de la fuente de la nueva evangelización: ¿De dónde proviene la pasión renovada a la que nos exhorta tan urgentemente Juan Pablo II, o el "despertar" al que llama Benedicto XVI? ¿Cuál es el origen perdurable de la alegría que pretende transformarnos, y que debemos proclamar con nuestras palabras y nuestra vida? De algún modo, identificar su origen es también identificar lo primero y más importante que todo miembro de la Iglesia debe hacer para comunicar la Palabra divina. El origen de la evangelización y la respuesta más básica de los cristianos ante ésta es bastante sencillo. Una vez más, Juan, el Apóstol y el Evangelista, nos muestra la respuesta.

Cuando Juan escribe para proclamar su alegría a los primeros cristianos, solo puede hacerlo porque primero escuchó, vio y tocó: experimentó la Palabra de Dios hecha carne y quedó extasiado por su belleza. Fue conducido a la comunión con el Dios viviente, y descubrió que al "compartir la vida" del Padre, Hijo y Espíritu Santo, "una Trinidad de amor es una alegría completa" (1 Juan 1, 4)".[28] Como un amante, fue llevado fuera de sí mismo. A partir de este punto sabe que toda su vida solo puede ser una respuesta a este don. Reconoce en la experiencia de carne y sangre la verdad que el Papa Benedicto XVI describiría después: "En la raíz de toda evangelización no hay un proyecto humano de expansión, sino el deseo de compartir el don inestimable que Dios ha querido darnos, haciéndonos partícipes de su propia vida".[29]

En la fuente de la evangelización yace la experiencia de un don: el amor incondicional e incomparable que nos muestra

Dios Padre en su Hijo Jesucristo, a través del Espíritu Santo, quien desde la resurrección de Jesús se infundió en "toda carne". Ya sea que nos demos cuenta o no, este don de Dios, que nos abre su vida, es la fuente de toda verdadera alegría en el mundo. Cuando Juan Pablo II pregunta "¿Qué es el Evangelio?", responde sin dudar: "Es una gran afirmación del mundo y del hombre, porque es la revelación de la verdad de su Dios. *Dios es la primera fuente de alegría y de esperanza para el hombre.* Un Dios tal como nos lo ha revelado Cristo. Dios es Creador y Padre; Dios, que 'amó tanto al mundo hasta entregar a su Hijo unigénito, para que el hombre no muera, sino que tenga la vida eterna' (cfr. Juan 3,16)".[30]

El Evangelio es la fuente de la alegría porque es un don de Dios, la Palabra de Dios que viene a nuestro encuentro. Es la revelación personal de Dios que es Amor. Esta Palabra, dicha a todo ser humano que haya vivido o vaya a vivir está llena de la vida divina que Dios quiere compartir con el hombre. "Es una Palabra viva y eficaz",[31] una Palabra de poder, cuyo poder es empero la humildad y el amor de Dios. Como nos recordó la comisión preparatoria para el Sínodo de la Nueva Evangelización 2012, "No debemos pensar en el Evangelio únicamente como un libro o un conjunto de enseñanzas. El Evangelio es mucho más; es una...Palabra que cumple lo que dice... Es...una persona: Jesucristo, el definitivo Verbo de Dios que se convirtió en hombre"[32] para brindarnos la alegría de compartir la propia comunión de amor de Dios.

Si esto es verdad – si los orígenes de la evangelización se encuentran en la "proclamación" de Dios cuando envió a su Hijo a redimir al mundo – entonces debemos *recibir este Evangelio*

antes de hacer cualquier cosa. Al igual que Juan, debemos ver con nuestros ojos, escuchar con nuestros oídos, tocar con nuestras manos y responder a la invitación de amor de Dios. Debemos *escuchar*, y solo entonces -- ¡sin dejar de escucharlo ni por un momento! – podremos proclamar lo que hemos recibido. En palabras del Papa Benedicto XVI, "que la primera tarea será siempre ser dóciles a la obra gratuita del Espíritu del Resucitado, que acompaña a cuantos son portadores del Evangelio y abre el corazón de quienes escuchan. Para proclamar de modo fecundo la Palabra del Evangelio se requiere ante todo hacer una experiencia profunda de Dios".[33]

En otras palabras, debemos *orar*. Y una vez que hayamos sido realmente dóciles y hayamos encontrado dicha belleza en la oración, no podremos más que hablar: primero a Dios, en la "alabanza" que es "el punto de partida de toda respuesta genuina de fe a la revelación de Dios en Cristo",[34] y después a nuestros hermanos y hermanas que, como nosotros, están sedientos de Amor.

Los Papas Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI, son totalmente inflexibles al respecto: los cristianos no pueden evangelizar a no ser que primero sean evangelizados y lo sigan siendo continuamente,[35] a no ser que observen el Verbo encarnado en toda su humildad y esplendor, lo escuchen y experimenten la vida que brinda. Los cristianos deben hacer esto *antes* de participar en cualquier tipo de actividad evangelizadora, y también *de manera continua*, porque la alegría que se les pide llevar a otros se les ofrece continuamente de una fuente inagotable: "Los nuevos evangelizadores están llamados a ser los primeros en avanzar por este camino que es

Cristo, para dar a conocer a los demás la belleza del Evangelio que da la vida".[36] Solo pueden llevar vida a otros si permanecen en la fuente de vida, conservando su "mirada fija en Jesucristo", porque saben que "en él encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano".[37]

En cada proclamación del Evangelio, está la primacía de la Palabra de Dios hecha carne en Jesucristo y que se nos comunica en las Escrituras y en los sacramentos. Ninguna palabra que pronunciemos, ningún acto que realicemos, ninguna vida que vivamos contiene ningún poder o fertilidad fuera del poder y la fertilidad de esta Palabra. Los cristianos dan testimonio a sus hermanos y hermanas, claro, pero solo porque primero han sido testigos. Ellos son los que ven, escuchan y tocan el Amor de Dios, quien murió por nosotros en la cruz, resucitó por el Padre y extendió su Espíritu sobre toda la humanidad.

La fuente de toda evangelización es Dios mismo, quien nos abrió su vida en su Hijo. En palabras del Papa Pablo VI, "la base, centro y a la vez culmen" de la evangelización es siempre "Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado" para ofrecer "la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios".[38] Al escribir esto, Pablo VI simplemente hacía eco de lo que dijo San Pablo 2,000 años antes, cuando identificó el centro de su predicación, su sufrimiento y ciertamente su vida entera: "No quise saber nada, fuera de Jesucristo, y Jesucristo crucificado" (1 Corintios 2, 2). Este mismo Jesucristo, quien nos abre la vida de Dios, es el Camino que andamos con el fin de "dar a conocer a los demás la belleza del Evangelio que da la vida".[39]

Detalle de María como imagen de la Iglesia, recibiendo la sangre y el agua que son un símbolo de los sacramentos en la Crucifixión.

Pared de La Encarnación del Verbo,
Capilla Redemptoris Mater, Ciudad del Vaticano.
Imagen cortesía de Centro Aletti.

"... les aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere..." *(Juan 12, 24)*

¿Quién evangeliza?

Nuestra peregrinación por este Camino no es solitaria, porque la belleza que encontramos en él es participar concretamente en la comunión que es la propia vida de Dios. El Papa Benedicto XVI explica, "En este camino, nunca avanzamos solos, sino en compañía: una experiencia de comunión y de fraternidad que se ofrece a cuantos encontramos, para hacerlos partícipes de nuestra experiencia de Cristo y de su Iglesia". Evangelizar no es una actividad solitaria porque nunca recibimos y nunca damos solos el don del Evangelio. Como lo recuerda Juan a los primeros cristianos en su primera carta, el Evangelio es "comunión...con el Padre y con su Hijo Jesucristo". Esta forma de compartir el amor y la vida de Dios genera inmediatamente comunión entre los creyentes, una comunión que irradia desde este pequeño grupo de cristianos que se aman mutuamente hasta los confines de la tierra: "Lo que hemos visto y oído, se lo anunciamos también a ustedes, para que vivan en comunión con

nosotros...Les escribimos esto para que nuestra alegría sea completa" (1 Juan 1,3-4).

La comunión significa vida compartida. Esta profunda forma de compartir la vida con Dios y con nuestros hermanos y hermanas es precisamente la alegría que los discípulos de Jesucristo están llamados a dar al mundo. Como escribe Juan, "No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: *¡Yo estoy con vosotros!*".[41] Es como si Jesús nos dijera: Yo, con mi Padre y el Espíritu que nos pertenece a ambos, estamos con ustedes, y los ayudamos a estar unos con otros en una comunión que se sobrepone a toda falta de amor en el mundo, ¡que es más fuerte que la muerte!

Si pudiéramos recibir u ofrecer el don del Evangelio como personas solitarias, no sería la Buena Nueva del amor de Dios, un amor lo suficientemente poderoso para regenerar la unión de la humanidad dividida por el pecado. Incluso si no hemos experimentado las terribles experiencias de las consecuencias del odio humano que tanto Karol Wojtyla como Joseph Ratzinger tuvieron durante la Segunda Guerra Mundial, todos hemos sentido la soledad, el quebranto y la falta de amor que generan aislamiento. La "falta de alegría" y la "tristeza interna" que menciona el Papa Benedicto XVI como tan prevalentes en nuestras sociedades modernas van de la mano con el sentimiento de no ser amados en verdad o realmente. En mayor o menor medida, todos sabemos lo que significa no formar parte de la comunión que da vida, que deriva su vida de la alegre comunión de vida que es Dios. Cuando experimentamos esta falta de comunión, todos sabe-

mos lo que significa desear algo diferente, incluso sin ser capaces de expresar nuestros anhelos en palabras. Deseamos la plenitud de una comunión que brinda alegría.

Esta comunión que anhelamos se nos da en el don de la Palabra de Dios, que "se hizo carne y habitó entre nosotros" (Juan 1,14) y así generó su Cuerpo, la Iglesia. Recibimos y debemos recibir esta Palabra de Dios personalmente meditando acerca de las Escrituras, en los Sacramentos y la oración. Pero solo podemos hacerlo de manera fructífera, o simplemente hacerlo, con una "comunión" que tiene sus orígenes en Él. El Evangelio de la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo es una Palabra de amor dirigida a toda la humanidad y solo la recibimos como miembros de la humanidad renovada que es el Cuerpo y la Esposa de Cristo.

La tradición expresa esta verdad con ricas y hermosas imágenes, como la de la Iglesia emergiendo del costado perforado de Cristo como una nueva Eva del costado de Adán. La Iglesia, en todos sus miembros, nunca cesa de emerger del don de la Palabra de Dios. Es la Iglesia como un todo la que recibe en Pentecostés el don del Espíritu Santo que desciende sobre los apóstoles como "lenguas de fuego" (Hechos 2,3). Esta misma Iglesia recibe el mandato que definirá su existencia hasta el final de los tiempos: "Vayan por todo el mundo, anuncien la Buena Nueva a toda la creación..." (Marcos 16,15). Recibe continuamente la Palabra de Dios, la medita en su corazón (cfr. Lucas 2,19), y la ofrece a un mundo hambriento y sediento de Dios.

Solos no podríamos hacerlo. La Palabra de Dios es demasiado grande, y su poder para generar comunión no podría

contenerse en nosotros. Pero en la Iglesia podemos recibir plenamente el Evangelio, permitir que transforme nuestra vida y todas nuestras relaciones, y ofrecerlo en cada momento a nuestros hermanos y hermanas que, como nosotros, no pueden vivir sin amor.

Cada vez que damos testimonio del Evangelio con nuestra vida, nuestras palabras y nuestra silenciosa oración estamos realizando un acto que hace partícipe "a toda la Iglesia en todo lo que es y todo lo que hace".[42] Estamos ofreciendo la alegría, la comunión que da vida que es *la Iglesia,* y es nuestra forma de compartir, aquí y ahora, con nuestra vida concreta, la vida de Dios. Al mismo tiempo participamos en una necesaria "renovación interna"[43] de la Iglesia que en su liturgia y en la vida de cada uno de sus miembros debe volver constantemente a sus orígenes en el don de la Palabra.

Como nos dicen los documentos preparatorios del Sínodo sobre la Nueva Evangelización, "...la transmisión de la fe, que no es una empresa individualista y solitaria, sino más bien un evento comunitario, eclesial".[44] La evangelización es siempre un acto de la Iglesia, que simultáneamente alaba a Dios y ofrece a los seres humanos la alegría que proviene de "una experiencia de comunión y fraternidad"[45], la única experiencia de comunión y fraternidad que es más fuerte que todas las fuerzas de aislamiento en el mundo.

El contenido de la Nueva Evangelización

La Iglesia, que se nutre continuamente de la Palabra de Dios en su liturgia, sabe que la evangelización es su "dicha y vo-

cación...su identidad más profunda".[46] Para ella, que recibe y contempla la Palabra, el contenido de la evangelización está claro. En la oración y la proclamación, y en la vida de cada uno de sus miembros, debe comunicar la belleza y la santidad – en otras palabras, el *amor* – de Dios que se manifiesta en Jesucristo. "Porque Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga Vida eterna" (Juan 3,16). Una vez Juan Pablo II observó que todo el Evangelio se resume en esta oración, que contiene *la* "gran afirmación del mundo y del hombre".[47]

Para comprender lo que significa, solo tenemos que pensar en la soledad, la inquietud y la desprotección de la persona humana sin Dios. Jesucristo, el Hijo de Dios hecho carne, viene a traernos la Buena Nueva del amor de Dios. Haciéndolo, también nos muestra a través de su vida lo que significa ser plenamente humano. Nos muestra lo que debemos ser: personas que han sido amadas definitivamente y que por lo tanto pueden amar con el amor infinito de *Dios*. Jesús revela a Dios, que es una comunión de Amor. Al hacerlo revela al *hombre*, que está hecho para este Amor.

El Evangelio que vino a traernos Jesucristo no es alguna información acerca de Dios, sino Dios mismo entre nosotros. Dios se hizo accesible a nuestros ojos, oídos y manos. Incluso se sometió al terror de la muerte y la venció. Esta increíble humildad de un Dios que viene a estar con nosotros donde estamos más solos, es el porqué el primer acto tanto de recibir como de dar a conocer el Evangelio es siempre de una fe que maravilla, una fe que adora. De acuerdo con Benedicto XVI, la adoración – que es el centro de toda oración – es la

primera y perdurable respuesta de amor que la Iglesia puede ofrecer a esta inaudita revelación de Amor. Nuestra respuesta a Dios, que consiste en escuchar, contemplar y adorar, se encuentra en el corazón de la evangelización: "El Resucitado viene en medio de nosotros. Y entonces no podemos sino decir con el apóstol Tomás: ¡Señor mío y Dios mío! La adoración es ante todo un acto de fe: el acto de fe como tal. Dios no es una hipótesis cualquiera, posible o imposible, sobre el origen del universo. Él está allí. Y si él está presente, yo me inclino ante Él...Entramos en esta certeza del amor corpóreo de Dios por nosotros, y lo hacemos amando con él. Esto es adoración, y esto marcará después mi vida".[48]

El amor de Dios y la respuesta de amor a la que nos invita determinan nuestra vida. Después de todo, si lo fundamental del Cristianismo es el amor, no puede comunicarse como una mera idea intelectual. Debe vivirse, porque el amor tiene que vivirse. Y para que lo vivamos en nosotros y para nosotros debe adquirir carne y sangre. Dios lo sabe, y así Él mismo adquirió carne y sangre en el Hijo de Dios hecho hombre, Jesucristo. Desde entonces no hay otra forma de comunicar su Evangelio más que permitiéndole adquirir también carne y sangre en nosotros. El Papa Benedicto XVI llama nuestra atención hacia este aspecto central de la nueva evangelización cuando dice, "Ya que la fe cristiana se funda en la Palabra que se hizo carne, Jesucristo, la nueva evangelización no es un concepto abstracto sino una renovación de la forma de vivir auténticamente cristiana basada en las enseñanzas de la Iglesia".[49]

La Palabra de Dios desea entrar en nosotros y transformarnos, moldeándonos en la Iglesia, esta alegre comunión

que es su Cuerpo y su Esposa. Desea ayudarnos a amar porque fuimos hechos para amar. Sabe que nuestra vida no tiene sentido y que nuestro corazón estará inquieto hasta que encontremos el amor y lo aceptemos en todos los aspectos de nuestra vida. Por esta razón, si le permitimos entrar y nos "inclinamos" en su presencia, la Palabra hecha carne nos cambia poco a poco y así nuestra vida entera comienza a irradiar la belleza del Dios que es Amor.

Si oramos, si experimentamos la presencia del Cristo resucitado entre nosotros y lo adoramos junto con la Iglesia, entonces comenzamos a entender: nos llama a amar de manera definitiva y para siempre dentro de su propio amor perdurable por la Iglesia, su Esposa. Este llamado al amor adquiere su forma más clara en el don completo de nosotros mismos en el matrimonio o en los consejos evangélicos, siguiendo a Jesús con pobreza, castidad y obediencia en la virginidad consagrada. Pero también determina cada aspecto del comportamiento y la vida de un creyente. Los cristianos son llamados a amar no única ni primordialmente con sus emociones y palabras, sino completa y concretamente "con obras y de verdad" (1 Juan 3,18). Los que encuentran el amor están invitados a permitir que transforme *cada Aspecto de su vida.* Y porque encuentran este Amor en Jesucristo, el Hijo encarnado de Dios, quien "los amó hasta el fin" (Juan 13,1), los creyentes llegan a comprender que la belleza que han dejado entrar a su vida también los lleva hasta el fin de su vida.

Para el cristiano que ha experimentado realmente el Evangelio, el sufrimiento y la muerte no constituyen las realidades últimas. La realidad última es el Amor que es Dios, un

amor que se encuentra en el significado y el objetivo de toda vida humana. Este amor contiene en sí tanto poder que es más fuerte que el pecado, más fuerte que la muerte. La vida divina y el amor que comunica el Cristo resucitado a toda la humanidad contienen un misterio tanto de juicio como de misericordia, así como la promesa de la vida eterna.

La vida eterna no es más que nuestra participación plena y eterna del Amor que Jesús vino a traernos, el amor que es el fundamento del Cristianismo. Es nuestra transformación final en los amados hijos del Padre, que han sido invitados a compartir la vida de Dios. Al mismo tiempo, es una invitación a compartir ese "gran misterio" (Efesios 5,32) que percibimos en las Escrituras: el "banquete de bodas del cordero" con la humanidad redimida, o con la Iglesia que es su Cuerpo y su Esposa (cf. Apocalipsis 19,9). Este Cordero, Jesucristo, es la vida de Dios abierta a nosotros. Al encarnarse, morir y resucitar de la muerte para depositar su Espíritu en nosotros y llevarnos con el Padre, Él es toda la alegría del mundo – y es el contenido del Evangelio.

El método de la evangelización

Se necesita intensamente una "nueva evangelización" en nuestra época, en la que tanta gente tiene una terrible sed de la alegría de ser amada y de amar definitivamente. Sin embargo, el "método" de la evangelización, así como el contenido, no ha cambiado fundamentalmente. Desde el día en que Cristo resucitado se apareció entre los temerosos apóstoles y "era tal su alegría y admiración" (Lucas 24,41), desde

que el Espíritu se depositó en ellos como "lenguas de fuego" (Hechos 2,3), les dio nuevo valor y nueva visión del misterio del Señor; o desde que Juan escribió su primera carta a algunos de los primeros cristianos, el único método de evangelización que se puede tener es el del amor encarnado. Está claro que el amor debe encarnarse y comunicarse con palabras, pero sobre todo con nuestra propia vida.

La evangelización es el *testimonio* que da la existencia total del que lo proclama. Cuando Juan escribió acerca de Cristo escribió como testigo. Simplemente proclamó lo que vio, escuchó y tocó, el Único que es su (y nuestro) camino de entrada a la alegría. La maravilla y el amor con el que contempló que la "Palabra de Vida...se hizo visible" (1 Juan 1,1-2) es evidente en la carta de Juan. Es como si aún tuviera ante sus ojos la imagen de Jesús en la cruz, amándonos hasta el final, o a Jesús resucitado mostrándonos sus gloriosas heridas, amándonos más allá del final. Dicho amor llevó a Juan a amar, a amar a Dios ante todo, a la comunidad de creyentes que es la Iglesia y a cada ser humano como su hermano. Sabía lo que después de él cada cristiano llegaría a saber: No podemos dar testimonio de la Palabra hecha carne sin que esa Palabra encarne en nosotros.

La Palabra de Dios es una Palabra de total compromiso para todo ser humano que haya vivido o vaya a vivir. Es el compromiso del Hijo de Dios quien vino a morir para que pudiéramos vivir, ya no nuestra vida pequeña y limitada sujeta a la muerte, sino la propia vida de Dios. Dios se abrió a nosotros en el amor. Su Palabra se convirtió en carne "humillándose" de manera tan completa (Filipenses 2,8) para

traernos el amor de Dios que murió en la Cruz. Al hacerlo, estableció lo que el Cardenal Ratzinger identificó como la primera condición para toda evangelización: "Ofreciendo la renuncia al propio yo "para la salvación de los hombres, es la condición fundamental del verdadero compromiso en favor del Evangelio... Evangelizar no es tanto una forma de hablar; es más bien una forma de vivir".[50]

Dios se ofreció completamente a sí mismo en amor y el hombre no puede dar testimonio creíble de este amor si no se ofrece completamente a sí mismo. De este modo, la evangelización es una forma de dar un testimonio que es nuestra propia vida y es una vida que irradia amor. Un testigo, como un verdadero amante, no ve para sí mismo; se ofrece enfocando toda su existencia en lo que ha visto.

Además, debido a que el cristiano fue introducido solo en una "comunión" en la que la Palabra de Dios se recibe, se medita y se conserva, no da testimonio solo. En todas sus debilidades y dificultades recibe el apoyo de una comunión que es mayor que él. Dar testimonio de Otro, de una belleza que nos saca de nosotros mismos, significa, como nos recuerda Ratzinger, "hablar de la misión de la Iglesia".[51] Porque el origen de la Iglesia está en Dios y refleja su vida, "la comunidad cristiana nunca se cierra a sí misma".[52] Todo en la Iglesia y todo lo que hace – incluso la más oculta vida de oración – "solo adquiere su pleno significado cuando se convierte en testigo", o en un testimonio de amor: "Es toda la Iglesia la que recibe la misión de evangelizar y la obra de cada persona es importante".[53]

Conclusión: El grano de trigo

Aunque todo en el mundo y toda la creatividad humana deben estar al servicio del amor de Dios, la evangelización no es un programa que pueda gestionarse o mejorarse con las tecnologías más modernas. Por el contrario, el método de la evangelización es siempre e inevitablemente el método del testimonio que es simultáneamente *nuestro y* de *toda la Iglesia*. Es la entrega de toda nuestra vida con fidelidad y paciencia, esperando que la semilla de la Palabra de Dios dé frutos. A veces la espera es larga y a veces es difícil esperar, pero es una espera con esperanza. Es también una espera en la oración, porque solo viendo, escuchando y tocando la Palabra podemos comenzar a comprender la magnitud del don que hemos recibido.

En la liturgia de la Iglesia y en nuestra contemplación en silencio aprendemos que hemos sido amados sin medida y así hemos encontrado la alegría. Pero este amor y alegría no son para nosotros solos; son una fuerza que irradia hacia todos nuestros hermanos y hermanas. En palabras del Papa Benedicto XVI, "De esta contemplación nace con toda su fuerza interior la urgencia de la misión, la necesidad imperiosa de 'comunicar aquello que hemos visto y oído', para que todos estemos en comunión con Dios (cfr. 1 Juan 1,3). La contemplación silenciosa nos sumerge en la fuente del Amor, que nos conduce hacia nuestro prójimo, para sentir su dolor y ofrecer la luz de Cristo, su Mensaje de vida, su don de amor total que salva".[54]

Quizás sea una paradoja, pero es precisamente en momentos de decaimiento, cuando parece que ninguno de nuestros actos o palabras han dado frutos, cuando finalmente nos enfrentamos con el "método" real de la evangelización: *No somos nosotros la fuente de los frutos de la Palabra.* Toda la vida y todo el "éxito" de la evangelización provienen de ella. Somos simplemente sus servidores, porque necesita gente que ame. Necesita gente que se entregue y que ore. Estas personas, como los jóvenes Karol Wojtyla y Joseph Ratzinger, están lo suficientemente atentas en medio de la oscuridad del mundo para vislumbrar la belleza de Dios. Cuando lo hacen, se dan cuenta de que la Palabra de Dios tiene su propio método de dar frutos.

Al hablar acerca de la nueva evangelización, Ratzinger dijo, "Jesús no ha redimido el mundo con bellas palabras, sino con su sufrimiento y con su muerte. Es ésta, su pasión, la fuente inagotable de vida por el mundo; la pasión da fuerza a su palabra. El Señor mismo...ha formulado esta ley de la fecundidad en el pasaje [parábola] de la semilla del grano que muere, caído en la tierra".[55]

El testigo que ve, escucha y toca la Palabra – como Juan, Karol, Joseph y quizás nosotros – necesita conocer esta ley de la semilla que muere con el fin de producir un fruto inesperado y superabundante: "No podemos dar vida a otros, sin dar nuestra vida".[56] También podríamos describirlo simplemente como la ley del amor de Dios. Puede parecer un método extraño y una ley difícil para la nueva evangelización, pero esta forma de dar testimonio ofreciendo nuestra vida es la única en la que podemos responder realmente con amor al Amor.

Es realmente la única forma de volverse capaz de sentir alegría. Como Juan, Karol y Joseph se dieron cuenta, es la única forma para que el mensaje cristiano se convierta en la Palabra de Amor viviente llena de alegría para nosotros y para todos los hombres y mujeres de nuestra época.

Fuentes

1 Marina Corradi, "En misión en lo más profundo de la Alemania Oriental". Artículo (20 de julio de 2011). Versión en español de http://chiesa.espresso.repubblica.it/articolo/1349547?sp=y

2 N. R. Kleinfield, "U.S. Attacked; Hijacked Jets Destroy Twin Towers and Hit Pentagon in Day of Terror," *New York Times,* September 12, 2001. (En inglés), http://www.nytimes.com/2001/09/12/us/us-attacked-hijacked-jets-destroy-twin-towers-and-hit-pentagon-in-day-of-terror.html?ref=sept112001.

3 Juan Pablo II, *Memoria e Identidad,* Conversaciones al filo de dos milenios (2005). I. http://www.corazones.org/espiritualidad/espiritualidad/memoria_e_identidad.pdf

4 *Ibid.,* 13.

5 Mieczysław Maliński, citado en George Weigel, *Biografía de Juan Pablo II: Testigo de esperanza* (Ed. Plaza & Janes) 1999.

6 Joseph Ratzinger, *Mi vida: Recuerdos* (1927-1977), (Madrid. Encuentro), 1999.

7 *Ibid.*

8 *Ibid.*

9 Cfr. *Memoria e Identidad.* 3.

10 Cfr. *Memoria e Identidad.* 1.

11 Benedicto XVI, Carta Encíclica *Spe Salvi* [Salvados en esperanza]. 2007.

12 Discurso de Benedicto XVI durante el servicio de oración ecuménica en Erfurt, Alemania, el 23 de septiembre de 2011.

13 Benedicto XVI, "Mirarán al que traspasaron", Mensaje para la Cuaresma 2007: "En la Cruz de su Hijo el mismo Dios-Padre

mendiga nuestro amor, el amor de sus hijos adoptivos; está sediento del amor de cada uno de nosotros".

14 Benedicto XVI, Carta Encíclica *Deus Caritas Est* [Dios es amor], 1.

15 Benedicto XVI, Exhortación Apostólica Postsinodal *Verbum Domini* [Palabra de Dios], 2: "participar en la vida de Dios, Trinidad de Amor, es alegría completa" (cfr. 1 Juan 1,4).

16 Benedicto XVI, Discurso a la Curia Romana con motivo de las felicitaciones de Navidad, 22 de diciembre de 2011

17 *Ibid*

18 Joseph Ratzinger, "La Nueva Evangelización: Construyendo una Civilización del Amor", Discurso con motivo del Jubileo a los catequistas y maestros de religión, 10 de diciembre de 2000.

19 Juan Pablo II, Discurso a la XIX Asamblea del Episcopado (CELAM), 9 de marzo de 1983.

20 Juan Pablo II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* [Al comienzo del Nuevo Milenio], 5.

21 Pablo VI, Exhortación Apostólica *"Evangelii Nuntiandi"* [Sobre la evangelización en el mundo moderno], 8 de diciembre de 1975, 14.

22 Este es el salmo responsorial para la liturgia (Misa) del Domingo de Pascua.

23 *Novo Millennio Ineunte,* 30

24 *Ibid,* 40.

25 *Ibid*

26 Benedicto XVI, Homilía y Vísperas de la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios y el Canto del "Te Deum", 31 de diciembre de 2011.

Fuentes (continuado)

27 Raniero Cantalamessa, "La primera ola de evangelización", Sermón de Adviento predicado en la Casa Pontificia, 2 de diciembre de 2011.

28 Benedicto XVI, *Verbum Domini,* 2.

29 Benedicto XVI, Carta Apostólica *Ubicumque et Semper* [Donde sea y siempre], en la cual se instituye el Consejo Pontificio para la promoción de la Nueva Evangelización, 21 de septiembre de 2010.

30 Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza,* pág. 20

31 La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana: Lineamenta Documento preparatorio para la XIII Asamblea General del Sínodo de los Obispos, 11.

32 *Ibid*

33 Benedicto XVI, Carta Apostólica *Ubicumque et Semper.*

34 *Novo Millennio Ineunte,* 4

35 cfr Pablo VI, *"Evangelii Nuntiandi",* 15

36 Benedicto XVI, Homilía y Santa Misa para la Nueva Evangelización, 16 de octubre de 2011.

37 Benedicto XVI, Carta Apostólica *Porta Fidei* [Puerta de fe], 13.

38 Pablo VI, *"Evangelii Nuntiandi",* 27.

39 Benedicto XVI, Homilía y Santa Misa para la Nueva Evangelización.

40 *Ibid.*

41 Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte,* 29

42 *Lineamenta,* 2.

43 Benedicto XVI, *Ubicumque et Semper.*

44 *Lineamenta, 2.*

45 Benedicto XVI, Homilía y Santa Misa para la Nueva Evangelización.

46 Pablo VI, *"Evangelii Nuntiandi",* 14

47 Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la esperanza,* pág. 20

48 Benedicto XVI, Discurso a la Curia Romana con motivo de las felicitaciones de Navidad, 22 de diciembre de 2011

49 Benedicto XVI, Discurso a los Obispos de la Conferencia Episcopal del Pacífico y Nueva Zelanda en su visita "ad Limina", 17 de diciembre de 2011.

50 Joseph Ratzinger, "La nueva evangelización: Construcción de la civilización del amor, 2.

51 *Ibid.*

52 Raniero Cantalamessa, "La primera ola de evangelización", Sermón de Adviento predicado en la Casa Pontificia, 2 de diciembre de 2011.

53 *Ibid.* La Iglesia proclamó patrona de las misiones a Santa Teresita (de Lisieux), una monja Carmelita enclaustrada que murió a los veinticuatro años sin haber salido nunca del convento. Solo este hecho da un testimonio elocuente de la comprensión de la evangelización de la Iglesia.

54 Benedicto XVI, "Silence and Word: Path of Evangelization," Message for the 46th World Communications Day, May 20, 2012.

55 Joseph Ratzinger, "La nueva evangelización: Construcción de la civilización del amor, I.2.

56 *Ibid.*

Acerca de la autora

Michelle K. Borras, Doctora en Filosofía es Directora del Servicio de Información Católica. Obtuvo la Licenciatura en Literatura Inglesa de la Universidad de Harvard, un Doctorado en Teología por el Pontificio Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia en Roma y un Doctorado en Teología por la sede del Instituto en Washington, D.C con una disertación sobre la Interpretación del origen del Misterio Pascual. La Dra. Borras enseñó en el Instituto Juan Pablo II en Washington como profesora adjunta durante el año académico 2010-2012 y ha dictado seminarios de literatura católica, la interpretación patrística de las Escrituras y la teología de Hans Urs Von Balthasar en el internado de las Hermanas Misioneras de St. Charles Borromeo en Roma. Además de traducir extensamente, la Dra. Borras ha publicado artículos acerca de literatura y teología católica.

Acerca del Servicio de Información Católica

Desde su fundación, los Caballeros de Colón han participado en la evangelización. En 1948, los Caballeros pusieron en marcha el Servicio de Información Católica (SIC) con el fin de proporcionar publicaciones católicas de bajo costo para el público en general así como para parroquias, escuelas, casas de retiro, instalaciones militares, centros penitenciarios, legislaturas, la comunidad médica y cualquier persona que las solicite. Durante más de 60 años el SIC ha impreso y distribuido millones de folletos y miles de personas se han inscrito en nuestros cursos de catequesis.

El "Servicio de Información Católica" es una marca registrada de Caballeros de Colón.

Serie de la Nueva Evangelización

1 ¿Qué es la Nueva Evangelización?

PARTE I "PORQUE TANTO AMÓ DIOS AL MUNDO"

2 "Creo en ti": La cuestión de Dios en el mundo moderno
3 Los Misterios de la vida de Jesús
4 Un Dios que es tres veces amor
5 "¡Hemos llegado a adorarlo!: Benedicto XVI habla a los jóvenes acerca de la oración

PARTE II "LLAMADOS A AMAR..."

6 Llamados a amar: La teología del amor humano de Juan Pablo II
7 En la imagen del amor: El matrimonio y la familia
8 Siguiendo al amor, pobre, casto y obediente: La vida consagrada

PARTE III ...EN LA IGLESIA, LA ESPOSA DEL CORDERO

9 "Que se haga en mí": María, el origen de la Iglesia
10 Con el Corazón del Esposo: El Sacerdocio Ministerial
11 La transfiguración del mundo: Los Sacramentos
12 Luz y silencio: Un diario eucarístico

PARTE IV "AMANDO EN OBRA VERDAD"

13 ¿Para qué sirve la libertad?
14 Justicia: Sobre la dignidad del trabajo
15 Justicia: El Evangelio de la Vida

PARTE V "NOS AMÓ HASTA EL FIN"

16 La dignidad de la persona que sufre
17 "Estuve muerto, pero ahora vivo...": Muerte y Vida Eterna

APÉNDICES: HERRAMIENT AS PARA LA NUEVA EVANGELIZACION

A La belleza de la santidad: El Arte Sacro y la Nueva Evangelizacíon
B La tecnología y la Nueva Evangelización: Criterios para reflexionar

"Debemos hacer descubrir de nuevo la belleza y actualidad de la fe".

— Papa Benedicto XVI

SERVICIO DE INFORMACIÓN CATÓLICA

Vivimos en un mundo de tristeza interna. La gente desea experimentar la alegría de ser *amado definitivamente y amar definitivamente.*

La evangelización es la comunicación mediante palabras y mediante la vida, en oración y en silencio, en actos y en sufrimiento, de un amor que abarca e invade al hombre y también lo supera infinitamente. Es la comunicación de la alegría. Esta alegría es más grande que el hombre porque proviene de Dios. Pero precisamente por esta razón es la única alegría que puede satisfacer el hambre insaciable del corazón humano.

Servicio de Información Católica®

Consejo Supremo de Caballeros de Colón

PO Box 1971
New Haven, CT 06521
cis@kofc.org

203 752 4267
203 752 4018 (fax)
www.kofc.org/sic

401-S 1-13